



En la fiesta de San Juan de Ávila*

José Luis GARCÍA HERNÁNDEZ

Profesor de Historia. CETEP. Murcia

I. INTRODUCCIÓN

1. En su segunda carta a Timoteo San Pablo le dice: *Te invito a que reavives el don espiritual que Dios depositó en ti por medio de la imposición de mis manos. Porque Dios no nos dio un espíritu de timidez, sino un espíritu de fortaleza, de amor y de buen juicio* (2 Tim 1, 6-7). La celebración de vuestras Bodas de Oro y Plata sacerdotales nos brinda a todos la ocasión de reavivar también nosotros la gracia de nuestra ordenación.

2. Podríamos empezar recordando aquel momento en que el Señor se cruzó en el camino de nuestras vidas y, al igual que a Pedro a orillas del lago de Tiberíades, nos dijo: *Ven y sígueme*. Y como nosotros, sin saber muy exactamente lo que hacíamos, le dijimos: *Señor, aquí estoy, cuenta conmigo*.

3. La llamada del Señor nos llenó de entusiasmo. Seguir al Señor, vivir para lo que él vivió, nos parecía que daba pleno sentido a nuestra vida, que la llenaba de contenido, que nada como ello merecía la pena. Encontramos una razón de ser, una razón para vivir.

4. Eran los tiempos de nuestra juventud, una época de grandes ideales. Éramos generosos y todo nos parecía fácil. Casi sin dificultad dejamos casa, familia y expectativas de futuro. Vivir para los demás, renunciar a los bienes, al amor humano, incluso a nuestra propia independencia, nos parecía algo sencillo. En el día de nuestra ordenación podríamos haberle dicho al Señor como Pedro: *Señor, contigo estoy pronto a ir incluso a la cárcel y a la muerte* (Lc 22, 23).

5. Hoy, al cabo de los años, como hizo con Pedro después de su resurrección, el Señor se hace presente en medio de nosotros y nos dice: *Ángel, Juan, Joaquín... ¿me amas?* Y como él, también nosotros queremos decirle: *Señor tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo*. (Jn 21, 15-17).

* Meditación con motivo de las Bodas de Oro y Plata Sacerdotales en la Fiesta de San Juan de Ávila en Murcia.

6. Pero la llamada de hoy del Señor es muy diferente de la primera. Y es diferente porque nos coge en una situación muy distinta. Desde entonces acá han cambiado muchas cosas en nosotros, en la Iglesia y en el Mundo. Y estos cambios originan nuevas dificultades para que podamos volver a decirle: *Señor, aquí estoy, cuenta conmigo*. En esta meditación yo quisiera que considerásemos juntos algunos de estos cambios y algunas de estas dificultades.

II. DIFICULTADES PROPIAS DE LA EDAD

A. El conocimiento de nosotros mismos

1. En primer lugar, hoy nos conocemos mucho mejor a nosotros mismos. Conocemos mejor nuestras capacidades y nuestras posibilidades. Conocemos mejor nuestras limitaciones, nuestras debilidades e incluso nuestros propios fallos. Hoy tenemos una conciencia más real de nosotros mismos.

2. La experiencia de estos años nos ha ido mostrando que nuestra vida no es tan grande ni tan interesante como esperábamos al principio de nuestra vocación, que estamos muy lejos del Señor y de nuestros ideales de juventud. Hoy sabemos que seguir al Señor con todas sus exigencias, a pesar de nuestra buena voluntad, no es que sea difícil, sino que es imposible, que no está al alcance de nuestras manos.

3. Me parece que a esta altura de nuestra vida la **primera gran tentación es ésta**: ¿Para qué intentar conseguir lo imposible? ¿No tendremos que resignarnos a nuestra propia mediocridad? Es la tentación de rebajar nuestros ideales a un nivel aceptable, de acomodarnos, de llevar simplemente una vida decorosa, de buscar un compromiso entre Jesús y el Mundo, entre nuestros ideales y la realidad de la condición humana.

4. Si llegamos a esta conclusión, se origina en nosotros una profunda contradicción interna. Por una parte seguimos afirmando y predicando los ideales de servicio a los demás, de pobreza, de castidad, de confianza en el Señor, pero al mismo tiempo no sentimos ilusión para luchar por alcanzarlos. Es como si diésemos por perdida la guerra después de la primera batalla.

5. Los Apóstoles, que eran ya adultos cuando les llamó Jesús, comprendieron mejor que nosotros esta dificultad de seguir al Señor con todas sus exigencias. Recordad cómo después del episodio del Joven Rico, ante la frase de Jesús *Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el Reino de los cielos*, nos dice el Evangelio que éstos se quedaron asombrados y decían: *Entonces, ¿quién puede salvarse?* Y la respuesta de Jesús sigue siendo válida, especialmente en esta etapa de nuestra vida: *Para los hombres es imposible, pero para Dios todo es posible* (Mt 19, 25-26).

6. Ahora comprendemos mejor la palabra de Jesús en la Alegoría de la Vid: *Sin mi no podéis hacer nada* (Jn 15, 5). Por eso sólo si tenemos esta actitud de humildad y de desconfianza en nosotros mismos, sólo si somos realmente *pobres de espíritu*, sólo si ponemos nuestra única confianza en el Señor, como decía Pablo, *él acabará en nosotros la obra que él mismo ha comenzado*.

B. Mayor experiencia de la vida

1. En segundo lugar, hoy tenemos mucha más experiencia de lo que es la vida. La mayor

parte de nosotros hemos llegado a ese vértice de la vida desde el cual se ve con claridad lo que la vida da de sí y lo que nos puede dar en el futuro.

2. Ciertamente que en estos años hemos tenido muchas experiencias positivas de la vida, pero también hemos experimentado muchos de los aspectos negativos de la existencia:

- A partir de los 50 años nuestra salud se va deteriorando, empezamos a entrar en el declive de la vida. Poco a poco vamos perdiendo fuerzas, energías, reflejos. Aparecen los primeros síntomas de enfermedad y, a veces, algo más que síntomas. Y este proceso no sólo afecta a nuestro cuerpo, sino también a nuestro estado de ánimo, a nuestra disponibilidad para el trabajo pastoral.
- Hemos vivido de cerca la experiencia de la muerte. La muerte de nuestros padres, de nuestros familiares, de muchos amigos del alma. Escribía el poeta *¡qué solos se quedan los muertos!* Mejor hubiese sido decir *¡qué solos nos vamos quedando los vivos!*
- Hemos asistido con dolor al abandono del ministerio de muchos de nuestros compañeros y amigos. Y con su partida hemos perdido también algo de nosotros mismos.
- Por otra parte, el ministerio no ha sido para nosotros una atalaya desde la que se contempla con indiferencia la vida de los hombres. A lo largo de nuestra vida sacerdotal hemos compartido y sentido como nuestras muchas situaciones de miseria, de dolor y de sufrimiento y todo ello no ha podido menos que afectarnos.

3. Toda esta serie de experiencias negativas, sin que hayamos podido evitarlo, han ido dejando su huella en nosotros, nos han ido marcando inconscientemente. Esta experiencia puede suponer para nosotros la **segunda gran tentación**: la tentación de la desesperanza, que se manifiesta de muchos modos:

- En la desconfianza ante el futuro, en pensar que el Mundo y la Iglesia van a peor, que no hay salida, que esto no tiene arreglo.
- En la pérdida de la alegría de vivir, de las ganas de luchar y de trabajar.
- En el deseo de que llegue la hora de la jubilación bien para vivir más tranquilos, bien para liberarnos de las cargas más pesadas del ministerio.
- Incluso, a veces, en un desmedido relativismo y en un cierto escepticismo ante todas las cosas.

4. Esta, como toda crisis de esperanza, en el fondo es una crisis de fe. Para superarla:

- Tendríamos que recordar que Dios es fiel a sus promesas y no abandona jamás a la Humanidad, que el Espíritu de Dios sigue actuando en el Mundo y en la Iglesia para llevarlos a la consumación final.
- La esperanza cristiana se basa en esta convicción de fe. Por eso está muy lejos del optimismo biológico, que no sólo es ingenuo (porque utiliza la técnica del avestruz), sino que es también pernicioso porque, al ignorar los aspectos negativos de la realidad, nos incapacita para superarlos y vencerlos.
- Tendríamos que aprender de nuevo a descubrir los signos de la presencia y de la acción de Dios en nuestro tiempo: todo cuanto de bueno, de bello, de verdadero hay en la vida de los hombres, en nuestro Mundo y en nuestra Iglesia.
- Pero al mismo tiempo tendríamos que recordar que Dios, el autor de la vida terrena, no ha querido que ésta sea un absoluto, que los deseos más profundos de nuestro corazón

(los deseos de verdad, de justicia, de libertad, de amor, de paz, de plenitud) son inalcanzables en esta vida, que siempre viviremos insatisfechos. Como decía San Agustín: *Nos hiciste para ti, Señor, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti.*

C. Cambio en la espiritualidad cristiana

1. El tercer cambio afecta a nuestra vivencia de la espiritualidad cristiana. Gran parte de nosotros hemos sido educados en una especie de **contraposición entre Dios y el Mundo**, entre la vida terrena y la vida eterna. La santidad cristiana suponía no sólo el luchar contra el pecado, sino también en minusvalorar las realidades terrenas: el trabajo, la familia, los bienes, la profesión, el mismo matrimonio. Por eso el sacerdote era más santo y mejor sacerdote cuanto más alejado estaba del mundo. Debía ser un ser diferente en su vestido, en su modo de pensar y de hablar, en sus gestos, en su modo de vivir. Existía un estilo de vida sacerdotal bien definido.

2. El concilio Vaticano II, del que nosotros somos hijos, supuso un cambio profundo en un doble sentido. En primer lugar, al recordarnos que todo el Pueblo de Dios, no sólo los sacerdotes, está llamado a la santidad. En segundo lugar, al revalorizar el Mundo y las realidades terrenas (el trabajo, el matrimonio, el compromiso social y político) haciendo que éstas reencontrasen su lugar en la espiritualidad cristiana.

3. Y todo ello en un clima de euforia, de optimismo, de afirmación incondicional del Mundo y de la Vida, propia de los años 70. Los años del movimiento Hippie, de las revoluciones estudiantiles del 68, de la Primavera de Praga, de la Asamblea de Medellín. Parecía entonces que amanecía una nueva época histórica, una nueva era llena de vida y de esperanza.

4. La crisis de vocaciones y la crisis sacerdotal de muchos de nuestros compañeros hay que enmarcarla en gran medida en el talante espiritual propio de aquellos años. Se podía ser fiel a Jesucristo, se podía ser más feliz, se podía ser, incluso, más útiles a la sociedad sin ser sacerdote.

5. ¡Cuántos de nosotros, sin haber abandonado el ministerio, no nos hemos sentido a veces como estafados, como si se nos hubiese privado sin razón de esas realidades que habrían hecho más feliz nuestra vida! Este sentimiento sería **nuestra tercera gran tentación**. Una tentación que se manifiesta de múltiples modos:

- En el apego desmedido a las realidades terrenas, a lo que la vida humana da de sí.
- En el intento de recuperar lo que considerábamos el tiempo perdido, de experimentar y gozar de todo lo que se nos ha privado.
- En nuestra integración progresiva en la sociedad de consumo, en el descuido de la ascesis sin la cual no es posible la vida cristiana.
- En la preocupación por asegurarnos el futuro, como si el futuro no estuviera sólo en las manos de Dios.

6. No es fácil encontrar en la vida el equilibrio entre la afirmación de Dios y la afirmación del Mundo, entre la afirmación de la vida terrena y la vida eterna. Por una parte, como afirmaba la *Gaudium et Spes*, debemos valorar y vivir cuanto de bueno y realmente humano hay en el Mundo. Pero al mismo tiempo, también debemos ser testigos del Trascendente, experimentando que entre el Padre de Nuestro Señor Jesucristo y el Mundo no puede existir contraposición alguna, pues el Dios de la Redención es el mismo Dios de la Creación.

7. Deberíamos vivir mejor nuestra condición de peregrinos. El peregrino goza de la belleza y de los encantos del camino, pero no debe quedarse en él, no debe olvidar nunca que su meta no es el camino y sus atractivos, sino la Casa del Padre.

8. Tendríamos que sentir como Pablo cuando le decía a los filipenses: *Estoy apretado por los dos lados. Por una parte desearía partir y estar con Cristo, lo que sería sin duda mucho mejor. Pero a vosotros es más provechoso que yo permanezca en esta vida* (Fil. 1, 23-24). O como cuando le escribía a los corintios: *Nos gustaría más salir de ese cuerpo para ir a vivir junto al Señor. Por eso lo único que nos importa es agradarle a él, sea en el destierro, sea en la patria.* (2 Cor 5, 6-10).

III. LA MISIÓN DEL SACERDOTE

A. Los cambios en la Iglesia

1. En estos años no sólo nosotros, sino también la Iglesia ha cambiado profundamente. La Iglesia del postconcilio tiene una conciencia de sí y de su misión muy diferente de la conciencia que tenía de sí la Iglesia preconciliar.

2. Ahora bien, todo cambio profundo en la conciencia de la Iglesia lleva consigo necesariamente también un cambio profundo en el **modo de concebir el ministerio** sacerdotal, en la **figura y la misión del sacerdote dentro de la Iglesia.**

3. ¿Qué cambios en la Iglesia postconciliar han afectado a la figura del sacerdote dentro de la Iglesia? Sin pretender enumerarlos todos yo resaltaría tres que me parecen fundamentales:

- En primer lugar, la concepción del ministerio, no como un poder sagrado, sino como **un servicio a la comunidad cristiana**. No somos los jefes ni mucho menos los dueños, sino lo servidores de la comunidad. Ya no podemos llevar nuestras parroquias según nuestras preferencias pastorales al margen de la comunidad cristiana. Recordad la palabra del Señor: *Los jefes de las naciones las tiranizan..., no así entre vosotros... igual que el Hijo del hombre no ha venido a que le sirvan sino a servir y da su vida.*
- En segundo lugar, **la valorización del laico y de su responsabilidad dentro de la Iglesia.** En la Iglesia todos somos activos y todos somos responsables de ella. Lo más importante, no es el sacerdote, sino el Pueblo de Dios a cuyo servicio estamos los sacerdotes.
 - Hemos tenido que tomarnos en serio y fomentar los cauces de participación, de estudio, de opinión y de decisión de los seglares que el mismo Concilio nos propone. Afortunadamente hoy no estamos solos y tenemos junto a nosotros muchos seglares que aman al Señor y a la Iglesia tanto o más que nosotros.
 - Hemos tenido que cambiar nuestro talante, que ser mucho más hermanos de los demás miembros del Pueblo de Dios. Hemos dejado de relacionarnos con ellos como directores y dirigidos, como sabios e ignorantes. *No llaméis a nadie padre, no llaméis a nadie a maestro, no llaméis a nadie mestías,* nos dice el Señor.
- En tercer lugar, la apertura de la Iglesia a los problemas del mundo y su opción decidida a favor del hombre. Su deseo de encarnación en el mundo de los más pobres. Su nuevo modo de ver la evangelización, integrando la promoción humana y la reforma de las estructuras sociales como un elemento de la misma. Hoy no podemos ya reducir nuestro

trabajo pastoral a lo puramente eclesial, sino que debemos fomentar el servicio al hombre y a la sociedad como un elemento esencial del ministerio sacerdotal.

4. **Nuestra cuarta tentación** sería el querer ejercer el ministerio dentro de un modelo de Iglesia que el Concilio ha superado. Y esto no es fácil, pues no hemos sido educados para ello. Si queremos ser fieles a lo que la Iglesia nos pide en el momento actual, necesitamos una profunda conversión espiritual y psicológica. Tenemos que reencontrar nuestro papel dentro de la Iglesia.

B. Los cambios en la Sociedad

1. En estos años no sólo nosotros y la Iglesia, sino también la sociedad ha cambiado profundamente. Desde los años 70 hemos asistido en España a un intenso **proceso** de secularización. La sociedad se ha ido haciendo cada vez más autónoma y se ha ido independizando de la influencia de lo religioso y de la tutela de la Iglesia.

- Hoy no podemos recurrir a la **autoridad civil** para influir en la sociedad, ni para imponer un orden moral cristiano. Ni podemos esperar que las leyes estén inspiradas en la concepción cristiana de la vida.
- **La voz de la Iglesia** no sólo no es escuchada, sino que incluso a veces se le niega el derecho a hablar en una sociedad laica.
- **Nuestra cultura** está cada vez más desprovista de valores religiosos y de valores cristianos. La visión de nuestro mundo no es una visión religiosa.
- **El modo de vida** en general está muy lejos de los valores evangélicos. Como ha dicho Juan Pablo II nos hallamos ante una sociedad cada vez más paganizada.
- Por ello la actitud creyente se ha convertido en una opción personal que cada vez va a ser más de unos pocos.

2. Todo este proceso de secularización ha originado **un cambio profundo en la figura social del sacerdote**. Hoy estamos muy lejos de aquellas **encuestas** que valoraban la profesión de sacerdotes entre las más valoradas socialmente.

3. De ahí que tengamos que reencontrar no sólo nuestro lugar en la Iglesia, sino también **nuestro papel y nuestra misión de cara a la Sociedad**. Tenemos que descubrir y sentir que también esta sociedad necesita de nosotros, que somos útiles, que tenemos un papel que jugar. Tenemos que olvidar muchas de las funciones del sacerdote, propias de una época pasada, para ir a lo esencial y permanente de la **misión sacerdotal**.

4. Esto es importante, pues, si no lo hacemos, o bien dejaremos a la larga el ministerio, porque no le encontramos sentido, o bien viviremos con una continua conciencia de frustración Y, **¿qué es lo permanente y esencial de la misión del sacerdote?**

C. La misión esencial del sacerdote

1. **La misión del sacerdote, como la misión de todo el Pueblo de Dios, es esencialmente una participación de la misión de Jesús**. Ahora bien, la misión de Jesús, como él mismo decía, consistió en *anunciar la llegada del Reino de Dios, pues para eso he sido enviado* (Mc 1,38). Esa era su Buena Noticia. Con sus palabras y con sus hechos, con su muerte y resurrección, se inaugura el proyecto de Dios de establecer su Reinado.

2. Todos sabemos que el Reinado de Dios tiene dos dimensiones. **En primer lugar**, es el compromiso de Dios de establecer una comunión plena y total de vida con todos los hombres, de hacernos hijos suyos, partícipes de su propia vida. **En segundo lugar**, es su compromiso de establecer, mediante esta comunión con él, la comunión de todos los hombres entre sí. Es un proyecto de filiación divina y de fraternidad universal.

3. Nuestra misión, como la de todo el Pueblo de Dios, está al servicio del Reino de Dios. Pero **nuestra condición de pastores** le da un matiz propio de cara a la comunidad cristiana. En el ministerio sacerdotal podemos distinguir dos dimensiones.

- En primer lugar, debemos trabajar para que la comunidad cristiana sea ***signo del Reino que está ya presente*** (E.N. 69). Debemos esforzarnos para que la comunidad cristiana sea un lugar de encuentro con Dios, de verdadera experiencia religiosa, una comunidad donde se vivan los valores del Reino: la confianza en el Padre, el amor a los pobres, la sencillez del niño, la solidaridad, la no violencia, el espíritu de servicio, la humildad, la rectitud de corazón, la pobreza, etc. Debemos trabajar para que el modo de vivir dentro de la Iglesia sea una alternativa a nuestra sociedad dominada por el tener, el poder y el gozar. Una comunidad que sea *levadura en la masa, sal de la tierra y luz del mundo*,
- En segundo lugar, debemos trabajar para que la comunidad cristiana sea ***instrumento del Reino que viene*** (E.N. 69). Como decía Pablo VI, *la Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos y el deber de ayudar a que nazca esta liberación*. Desde esta perspectiva, estar al servicio del Reino lleva consigo **dos tareas** que se complementan. Por una parte, supone luchar contra la mentira, la injusticia, la opresión, el egoísmo, la violencia y la **Muerte** que reinan sobre nosotros y en el Mundo. Por otra parte, supone vivir en nosotros y promover en el mundo la verdad, la justicia, la libertad, la fraternidad, el amor, la paz y la **Vida**.

4. Me parece que vivir el ministerio desde esta perspectiva no sólo merece la pena y da pleno sentido a nuestra vida, sino que supone un gran servicio al hombre y a la sociedad de nuestro tiempo. Un servicio que si no lo hacemos nosotros va a ser difícil encontrar otras personas que tengan las profundas motivaciones que tenemos nosotros para realizarlo.

D. El Reino de Dios y la Estructura del Ministerio

1 Es más, sólo desde la perspectiva de nuestra entrega a la tarea del Reino podremos comprender y valorar la estructura actual del ministerio. Todos sabemos que la estructura del ministerio ha cambiado a lo largo del tiempo. Durante siglos los sacerdotes ejercían un trabajo civil, tenían su propia familia, eran elegidos por la comunidad y podían voluntariamente dejarlo. Hoy la Iglesia quiere que el ministerio se ejerza de modo diferente.

2. Ahora bien, todos los psicólogos coinciden en que el trabajo, la familia y la autonomía personal son los elementos que permiten que el hombre se realice como adulto. Por tanto, condicionar el ministerio a la negación de estas realidades es de suyo deshumanizador, humanamente opresivo.

3. Sólo desde la perspectiva del Reino esta estructura, de suyo humanamente opresiva, tiene pleno sentido y se convierte en liberadora. Si se deja la pesca es para *convertirse en pescadores de hombres, si se hace uno eunuco es por el Reino de los Cielos*, si se renuncia a la propia autonomía es para *mejor realizar la voluntad del Padre*. En la medida en que el Reino de Dios

se convierte cada vez más en la razón de ser de nuestra vida, nos sentimos cada vez más libres y gozosos en el ejercicio de nuestro ministerio.

E. La fidelidad al Ministerio

1. Anunciar con nuestras palabras y nuestras obras la llegada del Reino ésa es nuestra misión y a ella hemos de ser fieles. Ahora bien, **ser fieles a la integridad** del Mensaje del Reino no es fácil, pues nuestra propia personalidad, nuestra peculiar experiencia religiosa y la formación que hemos recibido **condicionan nuestra visión y nuestra experiencia** del Mensaje cristiano, actúan como filtros que nos llevan a insistir en unas dimensiones descuidando otras tan esenciales como las que afirmamos.

2. Yo no creo que el problema de la **comunión eclesial**, tan grave en nuestra Iglesia, se deba como piensan algunos a que no tenemos la misma fe, a que no creemos en el mismo Dios, en el mismo Jesús, en la misma Iglesia; sino que se debe a que frecuentemente caemos en esta **tentación de reducir** el Mensaje del Reino. Esta sería nuestra **sexta tentación**, una tentación que se expresa de muchos modos:

- Así, a veces, hemos acentuado su aspecto de comunión con Dios y hemos dejado en segundo plano su dimensión de comunión con los hombres. Otras, por el contrario, hemos realzado su dimensión horizontal, olvidando la dimensión vertical que es su origen y su fuente.
 - Otras veces hemos insistido exclusivamente en la dimensión personal del Reino y hemos descuidado su dimensión social, como si El Reino de Dios afectase sólo a las personas y no a las estructuras mismas de la sociedad e incluso a la misma creación. Otras, por el contrario, hemos dado tanta importancia a la reforma de las estructuras, a esas estructuras de pecado como las llama Juan Pablo II, que hemos descuidado la necesidad de una conversión personal.
 - Unas veces hemos recalcado tanto el carácter gratuito del Reino, la acción de Dios, que hemos postergado la necesidad de la respuesta y del compromiso humano. Otras, por el contrario, hemos insistido tanto en la acción del hombre, que hemos olvidado que el Reino sobrepasa las fuerzas del hombre, que es un don, un regalo de Dios.
3. Precisamente porque no es fácil superar esta dificultad, necesitamos todos dos cosas:
- En primer lugar, un profundo **deseo de fidelidad**, de no sentirnos dueños del Mensaje, de recortarlo y acomodarlo a nuestras preferencias.
 - En segundo lugar, una **gran apertura de espíritu** que nos lleve a encontrarnos y a dialogar con aquéllos que mejor han descubierto y viven las dimensiones del Reino que nosotros más descuidamos.
 - Sólo así será posible avanzar en la **comunión eclesial**: *Un solo Señor, una sola fe, un solo Dios y Padre*. Sólo así seremos el **signo de esa unidad** que el Señor pidió para todos nosotros en la Última Cena.

F. Un ministerio compartido

1. Por otra parte, nuestra participación en la misión de Jesús, es una participación compartida. Participamos en ella como miembros de un Presbiterio dentro de una Iglesia Local, cuya

cabeza es el obispo, sucesor de los Apóstoles. Esta verdad teológica comporta unas exigencias no sólo de comunión eclesial, sino también de colaboración en el trabajo pastoral y de fraternidad sacerdotal.

2. Desde esta perspectiva nuestra **séptima tentación** sería la del individualismo. Es la tentación de creer no sólo que somos dueños de la misión, sino que somos unos dueños exclusivos, que no tenemos nada que ver con los otros sacerdotes. La mayor parte de nosotros hemos vivido una época ministerial azarosa, nos parecía que íbamos a naufragar en medio de la tormenta y esto nos ha llevado a aislarnos del presbiterio, a refugiarnos en nuestro pequeño grupo de amigos sacerdotes, en nuestro trabajo pastoral y en los seglares a los que servíamos:

- Muchos de nosotros nos sentimos, a veces, más cerca de los grupos de seglares que de nuestros compañeros sacerdotes.
- Algunos, incluso, hemos dejado de participar en muchas reuniones porque pensábamos que no servían para nada.
- La colaboración con los demás nos ha parecido, a veces, imposible y para no enfrentarnos hemos dejado de dialogar.
- Desconocemos a los sacerdotes jóvenes y éstos no se sienten muy cercanos a nosotros, no sólo por motivos generacionales, sino quizás también porque no hemos sabido integrarlos más en el presbiterio.

3. Me parece que a la hora de la segunda llamada, el Señor nos pide especialmente que reavivemos nuestro **amor a la Iglesia Diocesana**, que nos sintamos orgullosos de ser sus hijos. ¡Cuántas veces no se comprende que nuestra crítica a la Iglesia no nace del resentimiento sino de amor! La criticamos porque es nuestra, porque la queremos, porque la queremos mejor, como diría san Pablo *sin mancha ni arruga*. Hoy el Señor nos pide que reactivemos nuestra conciencia de **pertenencia al presbiterio diocesano** y que pongamos todos los medios a nuestro alcance para conseguirlo. En ello no sólo **nos jugamos** nuestra fidelidad al ministerio, sino también el crecimiento del Reino de Dios a cuyo servicio hemos entregado nuestra existencia.

G. Un ministerio al servicio de los demás

1. En esta segunda etapa de nuestra vida nos sentimos más liberados de muchas apetencias humanas, del deseo de ser alguien, del afán de progresar, de ser reconocidos y valorados por los demás. Por eso, comprendemos mejor que el ministerio no era para nuestro propio beneficio, ni siquiera para nuestra propia salvación o perfección cristiana, sino que somos **sacerdotes para los demás**. Ser sacerdote es una expresión de amor a los demás y en ello consiste **su grandeza**:

- De hecho, a lo largo de estos años hemos sido instrumentos para que algunas personas hayan conocido mejor a Jesús y hayan encontrado en él la razón de ser de sus vidas.
- Hemos compartido la vida con grupos de amistad y de trabajo cuyo lazo de unión ha sido la fe común en el Señor.
- Hemos llevado compañía, comprensión, cariño y ternura a muchas personas en momentos difíciles de sus vidas.

2. Sin embargo, es en el terreno de la caridad pastoral donde siempre tendremos más dificultades, pues estamos muy lejos del amor universal e incondicional de Jesús. A las dificultades propias de todas las personas se añaden las propias del ministerio. Por su carácter público

tenemos que relacionarnos con muchas y muy diversas personas. Y esto nos ha ido endureciendo, pues hemos constatado que muchas personas no merecen nuestro amor, que no hay nada en ellas que nos impulse a amarlas, que sus intereses muchas veces no responden a verdaderos motivos de fe. Por eso creo que nuestra **novena tentación** como sacerdotes es la insensibilidad y la indiferencia ante muchas de las personas que acuden a nosotros y a las que llamamos hermanos, es la tentación de cumplir nuestras obligaciones sin poner en ello un auténtico amor hacia las personas, es la tentación de convertir el ministerio en un **servicio burocrático**, semejante a los demás servicios de la sociedad.

3. Y esto es grave porque nos jugamos el auténtico sentido de nuestra existencia. Si *Dios es Amor y el Amor es lo único que permanece*, el éxito o el fracaso de nuestra vida va a estar ligada a la grandeza de nuestro corazón. Y todos sabemos, como decía San Juan de la Cruz, que *Al atardecer de la vida nos examinarán de amor*.

4. Tendríamos que vivir mejor la novedad del amor cristiano, que no es un amor cualquiera, sino un amor que está **doblemente relacionado con el Amor de Dios**.

- En primer lugar porque tiene su modelo en el amor de Dios hacia nosotros: *Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso*, es decir, debemos amar como Dios nos ama.
- En segundo lugar, porque tiene su origen en la experiencia del Amor que Dios nos tiene, es decir, debemos amar, no por la bondad del objeto amado sino porque Dios nos ama, por gratitud al amor que Dios nos tiene. Esa misma es la fuente del amor de Jesús: *Como el Padre me amó, así os he amado yo*. Y también debe ser la fuente de nuestro amor: *Amáos unos a otros como yo os he amado*.

5. Por último, si es verdad que la grandeza de nuestro ministerio es su orientación hacia los demás, el ser una expresión de amor a los demás, no menos verdad es que ésta es también **su cruz**. No sólo porque como el grano de trigo hayamos de morir a nosotros mismos, sino también porque el éxito de nuestra misión no depende sólo de nuestras cualidades y de nuestra entrega, sino también de **la actitud y de la respuesta de los demás**. Hace muchos años leí en la pared del despacho de un cura amigo esta frase: *Y supo con provecho que era un hombre con vocación de fracaso*. ¡Qué difícil nos resulta aceptarlo! Y, sin embargo, no podía ser de otro modo, pues también ése fue el destino de Jesús. Después de estos años de ministerio comprendemos mucho mejor que ya no se trata de dejar la barca y las redes, sino de acompañar a Jesús hasta el Calvario. Un Calvario que no es el final del camino, sino el principio de la Resurrección y de la Vida.

IV. CONCLUSIÓN

1. A lo largo de estos años cada uno de nosotros nos hemos ido identificando poco a poco con el ministerio. Hemos sentido que el sacerdocio no es algo que se tiene o algo que se ejerce, sino que forma parte de nuestra propia vida: somos sacerdotes y el serlo es una dimensión esencial de nuestra personalidad.

2. De ahí que, cuando por nostalgia de otra vida, por conflictos o fracasos pastorales, o simplemente por cansancio hemos tenido la tentación de abandonarlo, hemos sentido que ello nos destruiría internamente, que ya no seríamos la misma persona. Muchas veces el Señor, como a los apóstoles después de la crisis de Galilea, nos ha dicho: *¿También vosotros queréis*

marcharos? Y nosotros, como Pedro le hemos contestado: *Señor, ¿a quién iríamos? Sólo tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6, 67-68). Una respuesta que, traducida a nuestro lenguaje, vendría a decir: *ganas no nos faltan, pero sin ti no tendría sentido nuestra vida, sin ti no merecería la pena seguir viviendo.*

3. Por todo ello os invito a que acabemos nuestra oración con una doble mirada:

- Una mirada hacia el pasado para darle gracias al Señor por la gran misericordia que ha tenido con cada uno de nosotros, especialmente con los que celebráis vuestra Boda de Oro y Plata Sacerdotales. Hoy queremos cantar con el salmista: *Tú me has tejido en el seno materno. ¡Te doy gracias porque me has escogido portentosamente!* (Ps 138).
- Una mirada hacia el futuro pidiéndole al Señor que *no nos deje caer en la tentación*, en tantas tentaciones a que nos hayamos expuestos y nos ayude a mantenernos fieles hasta el encuentro definitivo con él.